

Días plenisolares

Ser adulto en el amor no merma su intensidad. Si acaso, permite mantener un poso profundo que no se pierde en sentimientos volátiles, sino que desde la calma aquilata y acepta. Quizá Sevilla ha tenido muchos cantores, tal vez demasiados, que prendados de su belleza han visto a través de sus ojos una ciudad que primero deslumbra y luego encandila de forma ciega. Manuel Chaves Nogales era muy joven cuando comenzó a escribir sobre Sevilla, la ciudad, su ciudad. Pero era adulto en sus sentimientos hacia ella y, como tal, se preocupó de entenderla y la aceptó tal cual era. Como había nacido en una de sus calles, la primera reflexión, cuando por la reflexión se decidió, ya la tenía hecha: su sabia armonía, su exquisita aristocracia y su plenitud de espíritu le parecieron las notas que saltaban sobre él para empezar a definirla.

El que escribía era un joven, “impenitente divagador”, paseante reflexivo, que había deambulado por todas sus calles y había escudriñado desde todos sus miradores el paso de la vida. Subtituló el libro “Ensayos”, y es este género que tanto habían cultivado los escritores del 98 el que servía de cauce para el paseo, expresado en forma de “discurrir a lo libre”, como al género llamaba Gracián. Pero este joven paseante había bebido en las fuentes y había investigado la historia de la ciudad hasta sumergirse en ella para conocerla bien. Debía tener unos diecisiete años cuando pergeñaba las líneas que iban a conformar el ensayo que tenemos en nuestras manos. Y sólo algunos más cuando ganó con él un concurso del Ayuntamiento hispalense.

En esos años, alrededor de 1920, Sevilla preparaba, rectificaba, retrasaba y daba nuevo impulso a las obras de la Exposición Iberoamericana que se gestó a principios de la segunda década y se culminó en los finales de la tercera, en 1929. Era entonces una moda escribir sobre Sevilla y todo escritor que se preciara se sentía obligado a presentar su visión de la ciudad. Lo habían hecho Manuel Machado, José María Izquierdo, Blas Infante, Muñoz San Román, Luis Montoto, entre otros. Y lo harían después Romero Murube, Luis Cernuda, Rafael Laffón, entre otros muchos....

Pero este joven inquieto, aprendiz de periodista, aprendiz de escritor, al que como a otros muchos jóvenes le quedaba pequeña la ciudad en la que vivía, decidió ofrecer su punto de vista, nuevo, joven, rebelde y rompedor, sobre la ciudad más cantada y ensalzada del sur de España, la ciudad que, dice él mismo, no tolera genios ni admite definidores. Él no se para a contemplar lo que cualquiera ve, sino que se dedica a mostrar su mirada a la Sevilla oculta, la que no se muestra al turista, y busca para ello las raíces de los tópicos sevillanos: los patios, los gitanos, los pregones, el cante jondo, las peinetas, las convivencias de las etnias, los tipos sevillanos, los personajes que pululan por la venta Eritaña o el misticismo de las procesiones y el dolor como máxima expresión de la belleza en la imagería, en la que se va a la belleza, a la armonía, pero por el camino del dolor. Amante de su ciudad, con amor adulto, sabe ver lo mejor de ella (ciudad sabia y sobria...) y lo peor (su sevillanismo). Y sus reflexiones van al alma de las situaciones, al intento de llegar al fondo de las cosas: “esa hondura es el fondo de nuestra alma inexplorada”. No es la suya una visión convencional de una ciudad tan proclive a la convención como es Sevilla. Ni sevillanismo, ni panderetismo, ni pintoresquismo, ni exaltación al uso se aprecia en sus observaciones. Sino mirada capaz de llegar, nada menos, que a la sutileza del espíritu de los habitantes de la ciudad. Y si bien aparecen los imagineros y el cante hondo y el fervor taurino y las ventas donde se concentra la flamenquería... no hay panderetas, ni siquiera claveles, porque “el clavel no es la flor amiga de la mujer sevillana”, que lo reserva para las grandes ocasiones. Para el día a día, que es lo que realmente interesa al narrador por lo que define, están otras flores más humildes y asequibles. Por detrás de la escena que se ve, interesa la esencia de lo que verdaderamente ocurre.

Y tras la ejemplar e inusual miscelánea de la primera parte del libro, se adentra en la segunda y tercera en la historia más reciente con dos escenas o cuadros costumbristas que explican la realidad del momento en que escribe. Es Manuel un joven que quiere ser periodista y para ello se siente empujado a escudriñar en los entresijos de la ciudad los móviles profundos, ocultos a veces, sin desdeñar las contradicciones de los actos de sus habitantes; se hunde en la Sevilla del Romanticismo y, a continuación, y acordes con los nuevos tiempos, aparecen las notas sociales que lo llevan a demorarse en la denuncia de la explotación femenina, así como en la rebelión del pueblo pobre que habita los corrales, que no son el espacio natural del tipismo y la galanura de los pobres, sino la más depauperada y solidaria forma de habitar de las clases

bajas; aquella gente que decidió en un tiempo pasado no pagar los alquileres organizando para ello una dura huelga, y que tuvo por fin que claudicar ante los amos, agobiados los huelguistas por su pobreza. Mientras se formaba, Manuel había acompañado a su padre, cronista oficial y redactor de *El Liberal*, a investigar en los archivos sevillanos, a presenciar discusiones en el Ateneo, a aprender el oficio de periodista. Y cimentó su formación asistiendo a la representación de obras de Chaves Rey en el teatro Cervantes, como aquella zarzuela titulada “Vivan las caenas”, donde se abordaba de una forma crítica el enfrentamiento que había tenido lugar en la ciudad un siglo antes, alrededor de 1820, entre liberales y absolutistas, advirtiendo con cierto asombro la decisión de un pueblo oprimido de continuar bajo la opresión, de una ciudad que vivió la paradoja de aceptar a los tiranos. Nos sirve de guía este joven en un sosegado paseo por el tiempo pasado, que arranca de las conspiraciones liberales del Café del Turco y nos lleva a los encuentros juveniles en la ciudad que quiere sumarse al progreso, elaborando para ello circuitos no habituales que van del puente de Triana a la venta Eritaña, todo a lo largo del paseo de las Delicias; o de la calle San Vicente a la calle Sierpes, la Campana, la Encarnación, lejos de las rutas oficiales del pintoresquismo y la sevillanía, pero en las que podemos descubrir el alma auténtica de Sevilla. Es pues, la suya, una mirada desmitificadora, genuina, apoyada en el pasado; son sus guías su tío el periodista José Nogales; e ilustrados y liberales como Forner, Alcalá Galiano, Larra, que han ido conformando al liberal que finalmente cuajó en la persona del periodista.

Y también es la suya una mirada llena de respeto a esa Sevilla que se oculta, la de la cultura siempre secuestrada, la de las contradicciones y la pobreza, que quiere incorporarse al progreso, ese progreso que no le ofrece sin embargo tranquilidad ni confianza. Y dice: “La tragedia de Andalucía es su ausencia de reflexión”. Porque esta actividad mental, la reflexión, es básica entre las preocupaciones de Chaves Nogales, lo será a lo largo de toda su vida; y es que la reflexión nos hace adultos. Y a través del periodismo, confiesa, pretende hacer reflexionar a los lectores sobre su propia realidad.

Todos los elementos que serán los pilares de su pensamiento y su trabajo de periodista aparecen germen en este libro de juventud. Una guía es para aquellos que deseen ver Sevilla más allá de sus patios, de sus rincones; para aquellos que busquen “despierta la emotividad de los visitantes, y limpio de tópicos y comodines el ánimo de los traductores e interpretes del sevillanismo”, sobre el que volvería pocos años después en una entrevista de la revista *Mediodía*: “Lo peor de Sevilla es el sevillanismo. Al volver ahora sobre el tema de la ciudad después de unos años de alejamiento lo que más me desagrada en ella es su exaltación, sobre todo la exaltación literaria. Literariamente Sevilla está demasiado hecha, demasiado trabajada. Dejémosla estar. La única manera de no torcer su sentido será no pretender interpretarlo. No añadirle cosas; dejarla desnuda; cuanta menos literatura, mejor”. Igualmente crítico fue con la persona que de forma huera presume de haber nacido en esta tierra: “El sevillano da la impresión de estar muy satisfecho de sí mismo, muy orgulloso, muy contento. No necesita más que lo que tiene. Es frugal en sus necesidades espirituales como en sus comidas. En lo espiritual le basta con sus reservas orgánicas -la tradición-”. Como joven se siente llamado a las advertencias de futuro: “Porque no estamos en ruta. Sevilla, metida en sí, dedicada a su propio culto, se va quedando fuera de la órbita de la civilización. (...). Nuestra inquietud, nuestra curiosidad, nuestros esfuerzos por atraernos la cultura moderna de Occidente nos pondrían en ruta. Pero hacemos precisamente lo contrario; nos quedamos mirándonos el ombligo y cada día nos aislamos y nos empozamos más”. No sin coste, estas declaraciones a la revista citada ponen de manifiesto la vehemencia de su juvenil pensamiento: “Como somos un pueblo viejo y trabajado, este alejamiento de la vida culta de Europa es casi imperceptible. Conservamos un remedo de espiritualidad. Pero lo cierto es que de la vida intelectual no nos queda más que lo que les resta, ya al final, a las religiones viejas: la liturgia. Entretenida y halagada con esta liturgia nuestra pereza mental, nos vamos engañando y cuando alguien se empeña en mostrarnos el desolado panorama de esta inmensa dehesa de nuestra ignorancia no consigue otra cosa que irritarnos”.

Siempre volvió a Sevilla con agrado, aunque no residió más en ella; y murió en Londres, añorando, como Machado, aquellos días azules. Nadie como él la describió, porque la conocía, en su esencia y en sus fiestas. Nadie como él llevó el acento y la capacidad de análisis, la ironía y el conocimiento de Sevilla, su amor adulto a la ciudad, por el mundo.

Nota pie de página 41 de la edición Sevilla, 1921. La imagen de Jesús del Gran Poder no es obra de Martínez Montañés, sino de Juan de Mesa (1620). Sí es de Martínez Montañés la estructura del retablo mayor de la Iglesia de San Lorenzo, donde se venera la imagen del “señor de Sevilla”. Error de juventud.